"deducirse. Lo que sí resulta demostrado, de todo lo espuesto, es "que la sola instruccion sin estar unida á la educacion moral y re- "ligiosa, no ofrece contra la inmoralidad, el remedio que ha queri- "do suponérsele; que la instruccion superior, no estando unida á "un grado correspondiente de educacion moral y religiosa, no pro- "cura á los individuos los bienes intelectuales que tiende á promo- "ver, y que llega á ser nocivo á las clases inferiores que solo toman "de ella medios de perjudicar, al paso que la misma escitacion "mental producida por tales estudios, los saca de su esfera social y "perturba el órden físico y moral de los pueblos. La instruccion "primaria es necesaria á todas las clases para su ecsistencia y su "adelanto; pero la educacion es la única capaz de mejorar su mo- "ralidad y de dirigirlos por la senda de la virtud. La instruccion "superior es conveniente á las sociedades, pero debe ser privativa "de los individuos que pueden ser útiles con ella, y solo en el nú- "mero correspondiente á las necesidades de las naciones. El mal "de la instruccion, dice M. Moreau Christophe, procede del modo "como se proporciona, y no de ella misma. El modo actual vicia "la semilla en su gérmen, y hace producir al suelo frutos inútiles y "peligrosos. En nuestras escuelas, toda la enseñanza se sacrifica "al agrado del cuerpo, de la memoria y del talento; nada se reser- "va para las virtudes del corazon. Puede salirse sábio de tales "institutos, pero seguramente no se sale virtuoso. Y ¿qué vale la "ciencia sin la moral?" Continúa el Sr. de la Sagra copiando otro trozo de M. Moreau Christophe, y ponderando la necesidad de la educacion moral y religiosa, y despues añade: "*Lo que sí es cier- "to, constante y demostrado por la teoría y la esperiencia, es que "el vicio y el crímen siempre están unidos á la irreligion, y que en "infinitos casos, la irreligion conduce á la miseria y siempre á la "desgracia. La irreligion, señores, que supone la falta de la fé, "de la esperanza y de la caridad, virtudes sublimes cuanto nece- "sarias para la ventura del hombre y la paz de las sociedades, "destruye todas las semillas del bien y derrama todos los gérme- "nes del mal.*"

Ya lo ven nuestros lectores, no son ya solos los jesuitas, los frailes y los clérigos, los que invocan la Religion como base necesaria de toda educacion y enseñanza, si no se quiere hundir en un abismo al individuo y á la sociedad; no son ya hombres de aquellos que puedan ser tachados de adictos á los sistemas que se apellidan de opresion y oscurantismo; son hombres conocidos por sus opiniones liberales, distinguidos por su ilustracion, llenos de esperiencia adquirida en largos viages, y cuyas palabras solo pueden ser la es-

presion de convicciones profundas, hijas de la evidencia de los hechos.

Así ha querido la Providencia que triunfase la verdad; ha permitido que el hombre ensayase la obra insensata de sustraer á la inteligencia del influjo de la religion; y la inteligencia se ha prostituido formando monstruosa alianza con el vicio y el crímen. Vergüenza da el decirlo! ¡la instruccion fomentar la maldad!... Para honor del espíritu humano, seria de desear que ese hecho lamentable pudiera sepultarse en el olvido; pero los intereses de la civilizacion, la ecsistencia misma de la sociedad, ecsigen que se le publique en alta voz para eterna confusion de las doctrinas irreligiosas, ecsigen que se grabe por todas partes en caractéres indelebles la importante verdad de que, allí donde hay instruccion sin religion, allí hay desarrollo de inteligencia sin moralidad, allí hay un semillero de vicios y de crímenes, y allí hay, por consiguiente, un enemigo capital de la verdadera civilizacion.

Artículo Cuarto y último.

El mayor bienestar posible para el mayor número posible, dijimos que era otro de los objetos á que debia encaminarse la sociedad, si se queria que la civilizacion fuese sólida y verdadera. Desgraciadamente esta es la condicion que mas ha faltado á todas las civilizaciones; triste efecto, dimanado en parte de la injusticia de los hombres, pero que tiene su principal orígen en la misma naturaleza de las cosas. Ecsaminad las civilizaciones antiguas, y vereis que se verifica en ellas de un modo horroroso, aquello de *humanum paucis vivit genus*. Prescindiendo de la esclavitud y de la diferencia de estas, que ya por sí solas condenaban á una gran parte de la humanidad á las mayores miserias y padecimientos, y concretándonos tan solo á la clasificacion de pobres y ricos, vemos que las ventajas de la sociedad eran para pocos, y que de aquí dimanaba la eterna lucha entre los que trabajaban y los que gozaban. ¿Qué es

lo que principalmente embaraza á Solon, cuando se propone dar leyes á los Atenienses? Los ricos que quieren conservar sus riquezas, y ecsigir de los pobres lo que estos les deben; y los pobres que no pueden pagar, y que ademas pretenden un repartimiento de tierras. Bajo una ú otra forma, esta es la cuestion eterna de la república de Atenas. En Roma notamos una lucha semejante, dimanada de la misma causa. Entre los patricios y plebeyos, no se trata principalmente de honores y de mando; lo que se disputa es el pan que sobra á los ricos, y escasea á los pobres. Y cuenta, que aun no hablamos de los tiempos en que abrigaba Roma á los Lúculos y Crasos, cuyas desmedidas riquezas han pasado á proverbio; de aquellos tiempos en que los pretores y generales robaban con el mayor descaro en las provincias sujetas á su mando, seguros de que amontonando oro, y desparramándole despues en su patria, obtendrian los sufragios que necesitase su ambicion: épocas desastrosas, en que la *maldita sed del oro* se habia apoderado de todos los corazones, y concentrando en manos de pocos toda la riqueza, acrecentaba lastimosamente el número de los pobres, hasta el estremo de que en una ciudad de un millon doscientas mil almas, cual se calculaba Roma en los últimos tiempos de la república, era tan grande el número de los esclavos y de los proletarios, que apenas se contaban dos mil personas que poseyesen algo. No queremos que se diga que hemos escogido adrede el tiempo mas corrompido cuando se encumbraba la ambicion en brazos de la codicia.

Limitarémonos, pues, á los tiempos mas felices de la república, en que la austera pobreza, *sæva paupertas* de Horacio, formaba hombres tan esclarecidos como Camilo. Licinio fué el primer cónsul salido de la clase plebeya; y cabalmente en la misma ley que le eleva al primer puesto de la república, vemos involucrado el interés social; pues que es el mismo Licinio quien, siendo tribuno de la plebe, habia hecho establecer la famosa ley *Licinia*, sobre la limitacion del derecho de adquirir, poniendo coto á la escesiva acumulacion, y sobre el alivio de los pobres oprimidos por las usuras de los ricos. Los Gracos, que tanto dieron que entender á la nobleza romana, echaban mano tambien de la palanca mas poderosa, para remover la plebe; la ejecucion de la ley *Licinia*, era su tema favorito; el repartimiento de tierras entre las clases menesterosas, era el estimulante cebo con que atraian á la multitud, y que les labraba aquella popularidad, á que no encontraron otro remedio los patricios, que la muerte de los dos tribunos.

Fácil es calcular lo que sucederia en otros paises, cuando en las dos repúblicas donde fué mas vivo el espíritu de libertad, y donde

llegaron á ejercer mas influencia las clases inferiores, era, sin embargo, tan triste su situacion, y las mas de las disensiones políticas reconocian por orígen principal la falta de medios de subsistencia. Un hecho confirma la verdad que estamos indicando, y es la tendencia de los pueblos antiguos, al sistema de las colonias. Los Egipcios, los Fenicios, los Rodios, todos los griegos de las costas de Asia, los Cartagineses, los Romanos, todos ofrecen el mismo fenómeno. ¿Y cuál es la causa? Es muy sencilla: todos sobreabundaban de poblacion, y se veian precisados á buscar un desagüe en otras tierras para deshacerse de una parte de ella. Así es que el sistema de estos establecimientos en paises lejanos, que tanto prevaleció entre los Fenicios, los Rodios, los Cartagineses y otros pueblos, no debe precisamente considerarse como un sistema de factorías que les asegurasen la estension y prosperidad del comercio, sino como un remedio á los males que afligian á las clases mas numerosas, las que no teniendo de qué alimentarse, ponian en peligro la tranquilidad pública.

Ahora que se ofrece la oportunidad, nos permitiremos una observacion sobre el estudio de la historia. Creemos que por lo comun, se da sobrada importancia á los hechos que se presentan en la superficie de la sociedad, y se prescinde de los que se verifican en su fondo. Los trastornos de los gobiernos, las guerras, el engrandecimiento y decadencia de los imperios, se esplican demasiado por causas políticas, ó por la influencia de ciertos hombres; si se calara mas hondo en el corazon de la sociedad, se encontrarian otras causas mas profundas, y sobre todo, mas naturales y sencillas. El primer estudio preparatorio que á nuestro juicio debiera hacerse en la historia, es la investigacion de los datos que pusieran de manifiesto el vivir de los pueblos; entendiendo por esto, el formar una estadística tan esacta y minuciosa como fuera posible, no tan solo de su estado intelectual y moral, de las relaciones de familia, de su religion, de sus leyes, usos y costumbres, sino tambien, y muy particularmente, de cuáles y cuántos eran sus medios de subsistencia.

Enhorabuena que se describan los cambios de gobiernos y de dinastías, las vicisitudes de las guerras, los planes y proyectos de los hombres célebres que han ejercido influencia en la sociedad; pero estemos seguros que nada de esto basta para comprender á fondo la historia de un pueblo, y el verdadero carácter de su civilizacion. Es necesario saber en qué estado se hallaban su agricultura, industria y comercio, cuáles eran sus alimentos ordinarios, cuáles sus vestidos, cuál su habitacion, y la infinidad de detalles indispensables para pintarnos fielmente cómo pasaba su vida aquel pueblo

que nos proponemos estudiar. Como esto pudiera parecer estraño á algunos lectores, lo haremos sensible con un ejemplo.

Figurémonos que de aquí á dos mil años estudian los hombres la Historia de la Gran Bretaña, como ahora nosotros estudiamos la de Roma; que leen las guerras sostenidas por aquel imperio en toda la redondez del globo, que contemplan asombrados la estension de sus posesiones en todos los puntos de la tierra, que con algunas noticias sobre su historia antigua, sobre sus revoluciones modernas, sobre algunos de sus políticos mas distinguidos, se atreven á esplicar las causas de su engrandecimiento y decadencia, las miras de sus hombres de Estado, las causas de la lucha entre sus varias clases, la razon de sus simpatías por esta ó aquella forma de gobierno, por este ó aquel sistema, por estos ó aquellos hombres en los paises estrangeros, los motivos secretos de sus guerras; en una palabra, todos los resortes de su política interior y esterior: figurémonos que los historiadores acometen tamaña empresa, faltos de datos estadísticos que les revelen la verdadera situacion de la Gran Bretaña; ¿no os parece que deberian de oirse esplicaciones peregrinas? Señalaríanse, á no dudarlo, razones plausibles, verosímiles á mas no poder; citaríanse hechos militares y políticos, que al parecer confirmarian las observaciones histórico-filosóficas; pero si entonces se les presentase un anticuario, mostrándoles estados fijos sobre sus máquinas de vapor, sobre sus caminos de hierro, sobre su asombrosa produccion de manufacturas, sobre su sistema de propiedad territorial, sobre el modo de vivir de sus diferentes provincias y ciudades; si entonces les señalase con el dedo las relaciones de su industria y comercio con Portugal, España, Francia, Alemania; mas breve, con todos los pueblos de la tierra; entonces, cuando verian mas claro que la luz del dia las verdaderas causas de los fenómenos que ellos esplicaban por otras muy diferentes, ¿no se quedarian avergonzados de su pretendida filosofía? ¡Oh! y cuánto, y cuánto de semejante nos sucederia á nosotros, si levantándose del sepulcro los hombres de la antigüedad, pudiesen sorprendernos con la presentacion de una minuciosa estadística! ¡Cuánto, y cuánto desengaño no nos prepara la posteridad, si fijándose los historiadores un poco menos sobre los ruidosos cambios políticos, sobre las campañas, sobre el número de los soldados que tomaron parte en los combates, y de los muertos y heridos que quedaron en el campo de batalla, y otras mil cosas mas fáciles de narrar que de probar, se dedican con mas ahinco á desenterrar libros y monumentos antiguos, y á aprovechar los ya descubiertos, reuniendo en cuerpos regulares todas las noticias que andan dispersas acá y acullá, sobre el verdadero estado intelectual,

moral y material de los pueblos! Tenemos la firme conviccion de que haciéndolo así, se aclararia y simplificaria en gran manera el laberinto de sucesos que nos ofrece la historia; y nos atreveriamos á pronosticar, que tambien en los tiempos antiguos, con mas ó menos semejanza á los modernos, muchas de las cuestiones de lo que se llama *alta política*, se resolverian en sencillas cuestiones de interés material, y que las mas de las grandes agitaciones políticas, se habrian remediado fácilmente, con algun aumento en los medios de subsistencia. Pero volvamos á nuestro propósito.

Con el establecimiento del Cristianismo, se mejoró inmensamente la suerte de la humanidad, pues abolida la esclavitud con su lenta y benéfica influencia, é inoculado en las leyes y en las costumbres su principio de amor y fraternidad universal, las clases mas numerosas han cambiado enteramente de situacion; y ya que no haya sido posible hacerlas felices, al menos se ha conseguido asegurarles una suerte incomparablemente menos desgraciada. Sin embargo, el Cristianismo, tan vasto y profundo en sus miras, como sábio y prudente en su conducta, nunca ha prometido á la generalidad de los hombres, cambios radicales en su suerte material; esta clase de beneficios los ha dispensado lentamente, sin ruido, sin que lo advirtiesen siquiera los mismos que los recibian.

El Cristianismo conoció una verdad, que han venido despues á confirmar los principios de la economía política; y es, la imposibilidad de que en una sociedad muy numerosa, todos los individuos tengan los medios necesarios para vivir cómodamente. La multiplicacion de los hombres está en desproporcion con el aumento de produccion de los medios de subsistencia; estos medios no llegan al nivel necesario, y por esto queda siempre una cierta masa, que ó padece privaciones, ó muere de hambre: masa que entre los antiguos quedaba abandonada á su suerte, sucediéndole todavía lo propio en los tiempos modernos, allí donde no ha prevalecido el Cristianismo. El pensamiento de la religion cristiana en esta materia, puede traducirse del modo siguiente: "el mal es incurable, y lo que conviene no es empeñarse en estirparle, sino en disminuirle y aliviarle." No ha engañado á los pueblos con las ilusiones de un bienestar universal; siempre ha predicado la fraternidad universal, el respeto á la propiedad, y ha procurado precaver las colisiones violentas.

Desde los primeros tiempos de su establecimiento sobre la tierra, empezó el Cristianismo la grande obra de la regeneracion social, mirando como uno de sus objetos mas predilectos, el mejorar la suerte de las clases mas numerosas. Los muchos y variados estable-